

Ciclo C. Fiesta. Sagrada Familia de Jesús, María y José Rosalino Dizon Reyes.

Hagamos el bien a todos, pero especialmente a los de la familia de la fe (Gal 6, 10)

Según san Vicente de Paúl, no nos basta con amar a Dios, si no lo ama nuestro prójimo (XI, 553). Esta convicción deriva de la enseñanza de que amar a Dios y al prójimo sostiene la Ley entera y los profetas. El santo cita también Rom 13, 8: «El que ama al prójimo tiene cumplido el resto de la Ley».

A mi parecer, igual daría si dijera san Vicente que amar a Dios y procurar que lo ame nuestro prójimo es imitar a Jesús. A éste no le basta con ser Hijo de Dios, si no somos los hombres hijos adoptivos.

La misión del Hijo de Dios es el conseguir que nos adopte Dios como hijos. Nacido de una mujer, el Hijo de Dios es Dios-Hombre y, por lo tanto, el solo mediador que nos garantice la adopción y la capacidad de llamarle a Dios, por el poder del Espíritu Santo, nuestro Padre, de manera íntima y entrañable.

Y el nacido bajo la Ley, y quien la cumple plenamente, nos revela qué quiere decir fundamentalmente ser de su familia: escuchar la palabra de Dios y ponerla por obra. Jesús declara dichosa a María debido más bien a su atención y su observancia, junto con san José.

Atentos también los pastores a la buena noticia traída por un ángel del Señor y poniéndola en práctica, logran ponerse en el ámbito íntimo de la Sagrada Familia. Allí no se les excluye a ellos, aunque sarnosos quizás, sin bañar, de mal olor, inmundos ritualmente. Al contrario, se les permite evangelizar, de modo que los oyentes se quedan admirados, recogidos, meditabundos y cantando agradecidos.

Dichosos, pues, tales pobres, porque de ellos también es la casa de Jesús. Allí están a gusto en compañía de otros creyentes que forman, con ellos, la familia de Dios. Saben asimismo que en ella, como en una caravana peregrinante, pueden fiarse de los grandes, quienes no permitirán que los pequeños permanezcan desatendidos.

Los congregados por Jesús bajo la paternidad de Dios son gente de todo tipo: publicanos y zelotes, pecadores y justos, con mucho, poco o sin nada. Pero todos se esfuerzan por respetarse, honrarse, esperarse, perdonarse unos a otros.

A nadie se le menosprecia por su juventud (1 Tim 4, 12). Los maestros oficiales no tienen miedo al diálogo; se dejan asombrar incluso de los jóvenes que escuchan y cuestionan mientras crecen en sabiduría, estatura y gracia. También se aprende vivir sin comprenderlo todo.

En esta familia, los fuertes protegen a los débiles y aseguran que ningún varón se abuse de ninguna mujer. Con ella se cuenta también en torno a las decisiones y los ministerios.

En la familia de la fe, uno se distingue no tanto por su vestido lujoso o especial como por la práctica de la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión, la paciencia. Los presidentes, a imitación del Maestro, les lavan los pies a los presididos. Los primeros se ciñen, los hacen sentar a la mesa a los últimos y los sirven.

Pero a ambos grupos por igual no les basta invocar el santísimo nombre de Jesús y recibir bendiciones, si no lo invocan ni las reciben sus

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)